

“The Tyranny of Merit: What’s Become of the Common Good”

Michael Sandel

Oscar Morales Bravo

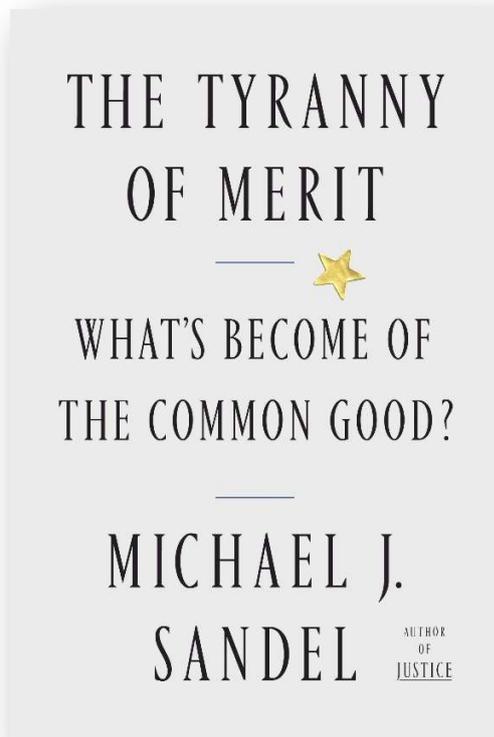
Estudiante de Licenciatura en Filosofía

Universidad de Chile, moralesbravo58@outlook.com

Farrar, Straus and Giroux

2020, 288 p.

ISBN-13: 9780374289980



Durante las últimas décadas se ha vuelto común la creencia de que, sin importar las condiciones materiales de nuestra procedencia, si trabajamos duro y cumplimos con las normas de convivencia social, podremos obtener todas las oportunidades para ascender en la escala social. En vista de los méritos y aptitudes que la naturaleza nos ha conferido, sin ninguna diferencia, todos tienen las mismas oportunidades para triunfar en la lucha por ascender en la sociedad. Sin embargo, esta premisa se reviste de una serie de alcances políticos y morales, que ha desencadenado el surgimiento de conflictos como el Brexit, la política de Trump y la revuelta populista que hoy enfrentamos. Michel Sandel en *The Tyranny of Merit: What's Become of the Common Good?* nos invita a reflexionar sobre la división política y moral que



ha dejado la retórica del ascenso social, particularmente en el contexto de la polarización que Europa y Estados Unidos han experimentado desde la instalación de los gobiernos conservadores de 1980 hasta el presente.

El presente libro reseñado es una visión crítica de la sociedad contemporánea, nos invita elocuentemente a reflexionar sobre los desafíos políticos y morales que debemos enfrentar de cara al futuro. El trabajo de Michel Sandel hace resurgir la discusión en torno al bien común, nos convierte en partícipes de una reflexión que convoca a todos en una gestión por replantearnos el rol que nuestras instituciones fundamentales y que todos como ciudadanos debemos cumplir. Este libro más allá de que sea escrito en el contexto occidentalista, permite a sus lectores profundizar en un tema que será la pauta de las décadas venideras en todo el mundo.

La creciente obsesión por el ascenso social tiene su origen en el aumento de la desigualdad experimentada en las últimas décadas. Cada vez la brecha entre titulados universitarios y no titulados es más ancha; la universidad, la máquina seleccionadora de la meritocrática por excelencia, se ha vuelto mucho más importante, y no solo eso, también la calidad de los centros de estudios se ha vuelto crucial a la hora de escoger uno. La adquisición de un título en una universidad de renombre hoy es vista como el principal medio para quienes aspiran al ascenso social, y la posibilidad más sólida para aquellos que quieren mantenerse en una posición privilegiada. En la sociedad meritocrática, el proceso de selección universitaria conlleva la selección de entre ganadores y perdedores, en consecuencia, quienes logran adquirir un cupo se sienten como merecedores de su éxito gracias a su talento y virtud, por otro lado, quienes resultan perdedores se sienten dolidos por su falta de capacidad.

Sin embargo, para el filósofo norteamericano esta situación ha desembocado en que los ganadores olviden que su éxito se ha visto en gran medida ayudado por la fortuna y la buena suerte, y que no solo se debe a su mérito propio; los ganadores soberbios por su triunfo humillan a los perdedores, pues comienzan “a mirar por encima del hombro” a quienes no han conseguido lo mismo que ellos. El resultado es la desvalorización del estatus y la estima social que los trabajadores sin credenciales universitarias merecen, la falta de empatía por ellos no permite el espacio para el encuentro y el debate por el bien común, los lazos de solidaridad y mutualidad se ven socavados por lo que Sandel denomina: ‘La tiranía del mérito’.

Gran parte del debate político de las últimas cuatro décadas ha girado en torno a cómo implementar e interpretar la igualdad de oportunidades dentro de una sociedad meritocrática, la cual

permita a las personas con menores aptitudes y capacidades conseguir una posición más privilegiada. Sin embargo, las condiciones de desigualdad no permiten una movilidad social real. El estancamiento en las clases aspiracionales es una realidad que demuestra que el progreso obtenido en los últimos años no gotea a todas las capas sociales, sino que se aglomera en los grupos ya privilegiados. Sandel constantemente refuerza la idea de que la retórica meritocrática representa un cóctel tóxico para quienes el progreso no beneficia, pues desmoraliza sus aspiraciones y genera una sensación de desmerecimiento hacia sí mismos, dado que quienes están arriba y quienes están abajo son totalmente responsables de su destino propio.

La retórica meritocrática ha convertido en un requisito indispensable obtener la mayor cantidad de credenciales universitarias y profesionales, para ocupar cualquier cargo dentro del poder político, Sandel hace un especial hincapié en este fenómeno y lo denomina ‘credencialismo’. La permanencia de este hecho permite a los tecnócratas decidir por sobre la masa de ciudadanos corrientes, suprimiendo sus oportunidades de participación, alejándolos y, a fin de cuentas, resintiéndolos con la toma de decisiones políticas. Gran parte de las causas de la revuelta populista que ha vivido Estados Unidos y Europa se debe a esta desconexión entre la gente y las élites que gobiernan.

Lo más importante para la meritocracia es que todo el mundo disfrute de las mismas oportunidades para subir en la escala del éxito. No obstante, nada dice sobre las brechas que puedan existir entre ganadores y perdedores; el ideal meritocrático no es un remedio contra la desigualdad; es, más bien, una justificación de esta (p. 159). Aun cuando existiera una meritocracia perfecta, esta seguiría manteniendo las barreras de desigualdad existentes. Para responder al problema, Sandel ofrece dos alternativas a la retórica meritocrática que, si bien no hacen que desaparezca la tiranía del mérito, resultan rechazar el mérito como la base de una teoría de la justicia.

La primera alternativa es el liberalismo de libre mercado. Este se opone a las alternativas estatales encaminadas a reducir la desigualdad económica. Sandel reconoce a Hayek como el principal promotor de esta teoría, puesto que según él en una sociedad libre la renta y las riquezas son un reflejo de los bienes y servicios que los individuos pueden ofrecer a la sociedad, siendo susceptibles a la valoración por la oferta y la demanda del mercado. La igualdad a la que apunta Hayek es una igualdad formal que se le debe asegurar a todos los ciudadanos, las discrepancias que puedan existir en su riqueza no deben basarse en lo que las personas se merezcan, sino en la apreciación que el mercado tiene sobre su función social. La segunda alternativa es el liberalismo de Estado de bienestar de Rawls;

para él, nadie merece una situación de privilegio más favorable dentro de la sociedad, las desigualdades de renta debidas a una situación de base más favorable no son justas. Para solucionar esta injusticia, Rawls sostiene el ‘principio de diferencia’, el cual niega que los mejor dotados merezcan recompensas por su buena suerte. La función del principio es ayudar a que los menos favorecidos tengan una situación de ventaja que les ayude a alcanzar a los mejor dotados.

La tiranía del mérito deja atrás las jerarquías hereditarias a cambio de una desigualdad fundamentada en la competencia por alcanzar las mejores aptitudes. El ascenso social es un falso discurso por parte de la clase privilegiada, pues solo un pequeño número de personas de la parte más baja logra subir a la parte más alta. Sandel demuestra esto a través del porcentaje de estudiantes pobres que consiguen ingresar a la universidad; quienes estudian una carrera profesional en una universidad de renombre, se debe a que sus padres pudieron pagar por asesorías personalizadas, colegios privados, clases de actividades extracurriculares, etc. Mientras que las familias pobres muchas veces ni siquiera pueden pagar la colegiatura de sus hijos. Como señala Sandel: “La educación estadounidense es como un ascensor de un edificio en el que la mayoría de las personas se suben en el piso más alto” (p. 217).

La lucha por alcanzar un mejor estatus engendra una cultura de la crianza invasiva de los hijos. La sobreprotección que los padres ejercen a sus hijos hace que estos se sientan oprimidos por competir y alcanzar los logros que sus padres quieren. Claro está que, quienes resultan ganadores también son heridos en su intento por vencer, pues el mal por excelencia de la meritocracia es el perfeccionismo. Quienes se afanan por ascender terminan dañados psicológicamente de por vida. Para Sandel es importante que le quitemos importancia a la noción de que nuestro éxito depende de un curso de cuatro años.

La retórica meritocrática ha erosionado profundamente la noción que tenemos sobre el trabajo no calificado. La dignidad de los trabajadores y trabajadoras ha sido pasada a llevar. A causa de la soberbia meritocrática la clase trabajadora hoy se siente carente de estima social. La manera en que una sociedad honra y recompensa el trabajo es fundamental para su modo de definir el bien común (p. 263), por lo tanto, si queremos afrontar la polarización política que hoy nos agobia, tenemos que replantearnos en conjunto el valor que cada sujeto tiene con la sociedad en su totalidad. Para Sandel, el valor de lo que aportamos a la sociedad no debe depender netamente del valor económico de nuestro trabajo, sino que depende de la valoración moral y cívica de los fines a los sirven nuestros esfuerzos. Nuestra posición frente a todos los grupos sociales debe ser la de una deuda con la

comunidad en general, mediante el reconocimiento y la estima, rompemos la desvalorización que los trabajadores han sido víctimas.